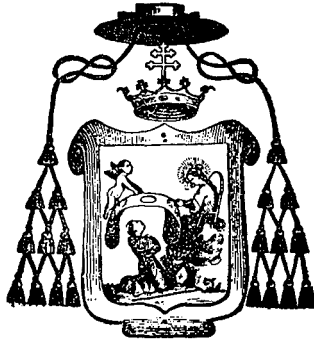


SE SUSCRIBE EN TOLEDO, LIBRERIA DE FANDO.

Este Boletín está dedicado á la circulacion de las comunicaciones oficiales del Arzobispado, y demas que convenga al interés del Clero.



SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.

Los señores eclesiásticos que no le reciban á tiempo, harán la reclamacion dentro del término de 20 dias, pasados los cuales no será atendida.

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

CONFERENCIAS PREDICADAS

POR EL REVERENDO PADRE FELIX, JESUITA, EN LA
CUARESMA DE 1858.

(Continuacion.)

III.

Como los santos, á fuerza de mirar á su Divino Modelo, se forman poco á poco á semejanza de Jesucristo, los pueblos cristianos, á fuerza de sentir sobre ellos la influencia de sus ejemplos y el brillo de su santidad, se forman á semejanza de los santos, y suben con ellos por la imitacion comun hacia el ideal comun, hacia una comun grandeza.

Para medir en toda su estension el vuelo prodigioso que la vida de los santos ha comunicado y comunica al progreso moral de las naciones, seria preciso mostraros bajo un solo golpe de vista la accion de la santidad bajo todas sus formas y en todas sus condiciones. No pudiendo abrazar los pormenores; me limito á mostraros la influencia progresiva de la santidad, bajo las tres grandes formas que las reasumen todas.

En primer lugar, descubro como la principal palanca del progreso moral de las naciones cristianas, la accion de la santidad *sacerdotal*.

El sacerdocio católico exige en todos aquellos que reasumen su formidable peso, la perfeccion católica en un grado superior, es decir, la santidad como la hemos definido en su sentido mas

general. La santidad no es solamente para el sacerdote un ornamento, una gloria, una aureola, es la condicion normal de su vida. Lleva la santidad en su nombre, porque debe llevarla en sí mismo. El carácter, las funciones, el sacrificio, la comunion de todos los dias; todo en él no solamente llama, sino supone la santidad. Si el cristiano vive en lo divino, se mueve en lo divino, respira en lo divino, pues que vive, se mueve y respira en Jesucristo: ¿qué diré del sacerdote? El sacerdote es la representacion oficial de la santidad de Dios entre los hombres, es el embajador de Dios, es el hombre de Dios, es decir, lo que hay de mas grande y mas santo en la humanidad.

Tal es la ley de nuestra vida que proclamo delante de mis hermanos en el sacerdocio, y delante de vosotros, mis hermanos en el cristianismo. Esta confesion puede humillarnos, pero debéis oirla. Si, la vocacion y la ley de nuestra vocacion es *ser santos*. Y estais tan convencidos de ello, que cuando el sacerdote católico nada tiene en su frente que anuncie al santo, os aparece como un ser desconocido; y cuando le falta la virtud completamente, cae en vuestra opinion mas bajo que el mas vulgar de los cristianos, y mas bajo en vuestra estimacion que el hombre mas criminal; llega á ser una cosa que no tiene nombre en el lenguaje, ni rango en la creacion, ni lugar alguno en vuestro respeto. A pesar de la multitud de cosas venerables que vuestra fé descubre en él, os parece deslittuido del poder de inspirar respeto; y le despreciais como no des-

preciarais á otro ser igualmente envilecido. Hasta tal punto aparece monstruoso el vicio en el sacerdote; hasta tal punto llega la conviccion de todos de que la santidad es en el sacerdocio una condicion normal, una ley de su nobleza.

Ahora bien: sostengo que es imposible que una institucion por el estilo, al esparcirse por la tierra, no imprima á la humanidad un fuerte impulso hacia la grandeza moral. En Francia somos cuarenta mil sacerdotes. Ignoro cuántos haya en el mundo católico, pero supongo que sean doscientos mil. ¿Quiere decir esto que todos seamos santos? No; pero quiere decir: hé aquí doscientos mil hombres obligados, en virtud de su profesion, no solamente á la probidad y á la justicia, sino á la santidad; doscientos mil hombres que han jurado no contarse con ser hombres honrados ni cristianos vulgares; doscientos mil hombres que han jurado sobre el altar en que adoran á Jesucristo destruir el reinado del mal sobre la tierra, aceptando la obligacion de combatir todos los vicios, y de fomentar todas las virtudes. ¿Existe en el mundo alguna institucion organizada tan directa y tan poderosamente para el progreso moral de las naciones?

Decís: todos los sacerdotes no realizan el ideal sacerdotal. Teneis razon, y este es un triunfo que cantan la impiedad y la mala fé para mejor escandalizar á los pueblos. Pero no es esa la cuestion: aunque un sacerdote se manche de crímenes, la institucion permanece con su carácter y su vocacion de santidad, y dada la debilidad de la naturaleza y la pureza de la institucion, hé aquí lo que debe resultar: por un lado, prevaricaciones parciales que hacen retroceder á los hombres, y por otro, un vasto y conjunto movimiento que hace crecer á la humanidad. Contad, en diez y ochos siglos, todos los sacerdotes fieles á su vocacion dos veces santa: contad á aquellos que por la oracion, la palabra, el sacrificio, las obras, han trabajado y trabajan para el perfeccionamiento moral de las generaciones; pensad en que ese sacerdocio católico tiene para desplegar los espacios y los siglos, que coloca en el fondo del corazon, en el mismo centro de la vida humana la fuerza de su accion, y os conmoverá la inmensidad del impulso que hacia su perfeccionamiento ha debido recibir la humanidad por la grande é incomparable institucion del sacerdocio católico. Y al medir la estension, la fuerza y la direccion de esta influencia, podreis calcular lo que debe creerse de lo que nos prometen aquellos que quieren inaugurar su marcha

sobre las ruinas de la gerarquía católica, y sueñan en regenerar al mundo con la sangre del sacerdocio cristiano.

Paralelamente á esta grande institucion, en que la santidad sacerdotal y gerárquica da al mundo moral tan fuerte impulso, se desarrolla otra, que ejerce sobre el progreso moral de las naciones cristianas, una influencia análoga; la institucion de la *vida religiosa*. La santidad cristiana, bajo esta segunda forma, toma para el perfeccionamiento moral de las naciones una parte que creo debe señalar á mi numeroso é inteligente auditorio.

Siguiendo el generoso impulso que Jesucristo dió á la humanidad al colocarse entre ella, y atrayéndola por la atraccion de su corazon, á la imitacion de su perfeccion propia, en todas partes se encuentra multitud de personas á las que no satisface el cumplimiento del deber. Hacer lo que se debe y no perjudicar á nadie es el ideal mas elevado de la humana sabiduria. Respetar el derecho y cumplir la verdad, es la concepcion mas alta de la filosofia pagana, y pudiera mostrar, si me ocupara de ello, que ni aun en esto llegaba á realizar ese ideal. Ciertamente el cumplimiento universal del simple deber, seria ya en un pueblo un progreso y una perfeccion que no es de desdeñar. Pero para que la multitud consienta en el entero cumplimiento del deber, era conveniente que vieran pasar en medio de ella otra virtud decida á subir mas alto. Siguiendo las huellas de esta minoría heroica, la mayoría debia sentirse mas eficazmente elevada hacia la via del progreso.

Esta es la realidad de nuestra historia cristiana; siempre y en todas partes esa minoría generosa se ha encontrado siguiendo las huellas de Jesucristo y conmovida por estas palabras: *Si vis perfectus esse*, y presta á correr tras ellas mas allá de los límites del precepto y de las fronteras del deber. Por el encanto del Crucificado que les habia seducido divinamente al comunicarles la santa pasion del sacrificio, hombres de todas las clases y de todas las condiciones se encontraron en la misma resolucion. Ellos se han dicho: Lo bueno no es bastante, necesitamos lo mejor; el deber es muy poco, necesitamos el sacrificio, el valor para los soldados de Jesucristo es vulgar, el Divino Capitan exige de quien quiere servirle de cerca el heroismo. Nosotros queremos seguirle, seguirle hasta donde nos quiera llevar; y hé aquí que echa por tierra delante de nosotros las barreras del precepto en

las que se mueve en la esfera del deber la generalidad de los cristianos, y abriendo á nuestra ambicion el campo ilimitado de la perfeccion, nos grita: Adelante, atravesad el limite y lanzaos por las huellas de mis pasos y por la atraccion de mi corazon, hacia el ideal que os he mostrado y que soy yo mismo. Y estas legiones escogidas responden únicamente: Marchemos, corramos hacia la perfeccion que nos llama; subamos hasta alcanzar con Jesucristo y en Jesucristo la plenitud del hombre perfecto.

Hé aquí al religioso, tal cual el Evangelio le presenta, tal cual la Iglesia lo quiere, es el hombre mas perfecto, es en la nocion misma un hombre de progreso, un obrero de perfeccion: la tendencia hacia lo perfecto es su tendencia natural; la aspiracion al progreso es la aspiracion de su vida. La perfeccion conquistada no es la ciencia de la vida religiosa; pero es de su esencia el aspirar á conquistarla. El impulso hacia lo mas perfecto es hasta tal punto el impulso natural de su vida, que el religioso no puede perderlo sin abdicar su carácter. Ciertamente que esa tendencia exige energía, y no debe causar admiracion que la naturaleza, en algunos, eche por tierra resoluciones que fueron heroicas; pero el movimiento de la vida es ese, y cualquiera que sea la sombra que algunos desfallecimientos echen sobre la historia de los institutos religiosos, lo que siempre aparece de un modo brillante, cuando se contempla la majestad del conjunto es, legiones de hombres y mugeres bajo todos los trajes y bajo todas las banderas, consagradas por su estado á buscar la perfeccion, obligadas por sus juramentos á marchar tras el progreso, como los soldados á subir al asalto.

Así, pues, el que no quiere ser ciego, el que no consiente que la escepcion ocupe el lugar de la regla, y el que no permite que el escándalo de algunos hombres prevalezca en su pensamiento sobre las virtudes de muchos millones, el hombre que eso quiera, no puede dejar de ver lo que brilla como el sol á medio día, á saber; que la vida religiosa, tal como se practica durante largos siglos, fué para el mundo una gran causa de rapidez en el progreso moral. Hoy día, y á vuestra vista, los institutos religiosos, que han conservado su savia producen ese efecto, no solamente el orden se esfuerza por subir hacia Jesucristo, ideal de perfeccion, sino que lleva tambien consigo en su movimiento progresivo á una multitud generosa ó imitadora de lo perfecto.

Hay gentes que sospechan que las afinidades

fraternales que unen á las generaciones con las familias religiosas hay arcanos profundos y acaso misterios de iniquidad. Hé aquí todo el misterio: asociacion voluntaria á la humildad, á la pobreza y al sacrificio. Y tal es el bellissimo espectáculo que se ofrece aquí á nuestra contemplacion; el orden entero, segun su ley, aspira hacia Jesucristo, modelo de perfeccion; al tercer orden sigue al orden, y hasta el mundo, conmovido por el contacto de una santidad cuyas fuentes desconoce, entra en esta marcha progresiva, que todo lo arrastra hacia Dios por Nuestro Señor Jesucristo.

Así, pues, desde hace diez y ocho siglos, el cristianismo ejerce sobre la humanidad una doble accion eminentemente progresiva, la accion de la santidad sacerdotal y de la santidad religiosa.

Entre estas dos santidades, hay una tercera que mana perpétuamente de las otras dos, ó que por lo menos recibe de ellas su impulso perseverante: esta santidad, que tiene formas y variedades indefinidas en su sublime unidad, la designaré por medio de una palabra que todo lo abrevia; la nombro la santidad popular. ¿Quién podrá contar el gran ejército de Santos que cito bajo ese nombre? ¿Quién podrá decir cuántos, entre la santidad sacerdotal y la santidad religiosa, entre el apostolado gerárquico y el apostolado monacal, animados de una misma vida, y marchando hacia un mismo objeto, han pasado y pasan todavia á nuestra vista, cuántas generaciones de cristianos, criados y engrandecidos por estas dos influencias que solo son una para alcanzar la perfeccion y conquistar el progreso? ¿Quién podrá saber el número de Santos que han salido desde hace diez y ocho siglos de todos los rangos del pueblo cristiano con la ambicion de llegar á ser hombres perfectos y de alcanzar en los combates de la vida la gloriosa palma de la santidad?

¡Y sin embargo, cuán interesante seria el curso de esos grandes hombres que es el movimiento al progreso humano, bajo el punto de vista de ese mismo progreso! Con una paciencia y un celo que admiro, haceis estadísticas de todo, y sometéis á los mas profundos cálculos las cosas mas superficiales. Podeis decir con una exactitud que no admite pruebas en contrario, todo lo que cada país, cada provincia produce en un tiempo dado para el bienestar material. ¿Y no nos interesa mas conocer lo que produce el cristianismo, tierra fecunda de todas las grandes cosas? ¿No podriais buscar por medio de un cálculo aproxi-

mativo todos los santos que desde hace cerca de dos mil años, ha producido cada nacion cristiana para el progreso del mundo? Tan estudiosos, tan infatigables como somos en medir todo el valor que produce la agricultura, la industria y el comercio, ¿por qué no habíamos tambien de serlo para apreciar la santidad, que es nada menos que el valor de la humanidad? ¿Y no es una locura en nosotros poner por encima del hombre y de sus progresos lo que solo tiene valor en relacion al hombre y á su perfeccionamiento?

A falta de cálculo exacto, partamos de una hipótesis que queda sin disputa muy por bajo de la realidad. Supongo que por término medio, cada siglo cristiano haya producido un millon de santos, no de santos canonizados todos en Roma, sino de santos que han realizado la perfeccion en su grado superior, de los que Dios ha conocido las virtudes, de los que la humanidad ha sentido la influencia, y de los que Roma canoniza algunos para mostrar siempre glorificada y brillante la imágen de la santidad. Por lo tanto, en los siglos cristianos pueden contarse veinte millones de hombres que han llevado consigo, en eminentes proporciones, la perfeccion humana.

Fijado esto como un principio que se conoce por su propia evidencia, ¿es posible imaginar que este hecho no haya impreso al mundo un inmenso movimiento de ascension moral? ¡Ah! si algunas veces es tan fuerte el poder de un solo hombre para elevar las almas que se han puesto en contacto con la suya, ¿quién dirá la impresion que la humanidad ha recibido del contacto secular de veinte millones de almas? Decidme, ¿habeis gozado alguna vez de esta dicha? ¿habeis encontrado algun santo? ¿habeis podido contemplar su alma á la luz de su fisonomía? ¿habeis visto de cerca esa majestad de Dios descendida sobre la frente de un hombre? Y si la habeis visto ¿qué impresion habeis experimentado?

Suponed que en una gran ciudad se encuentre un hombre cuya virtud, del lugar en que Dios le habia colocado como una tea, haga por lucir su brillo; un hombre que haya mostrado en sí mismo una triple representacion de Nuestro Señor Jesucristo llevando á las almas la verdad que las alumbrá, la bondad que las atrae y la santidad que las edifica; un hombre á quien no se podia aproximar sin sentirse elevado hacia alguna cosa de mas alto que la tierra, y á quien no se dejaba sin llevar de su contacto una impresion de su Dios; un hombre que despues de haberse despedido de las grandezas del mundo, ha pasado como

su maestro haciendo el bien, y que muere como ha vivido, consumando todo el bien que ha hecho; un hombre que despues de haber conmovido á la multitud por la uncion de su palabra, la conmueve mas todavia por la dulzura de su recuerdo; un hombre que en su muerte habla mas alto que en su vida, y que hasta en su silencio continúa instruyendo, conmoviendo y santificando á todos los que han oido su muerte, último y supremo discurso que el apóstol moribundo hace oír á la tierra; un hombre en fin, de quien se ha podido decir: *Que el luto que deja en los que le han conocido está mezclado de alegría.*

Y yo pregunto: ¿pasará este hombre entre la humanidad sin imprimir á todo lo que le haya tocado un movimiento que eleva y engrandece? ¿Cuánta elevacion no dará á millares de almas ese paso de una grande alma? ¿Cuántos impulsos hacia el bien no recibirán millares de corazones del contacto de ese gran corazon? Este hombre, ¿no tendrá su parte en la purificacion del pueblo, en el perfeccionamiento de los hombres y en el progreso de la sociedad?...

Si esto sucede respecto de la influencia de un hombre que ha pasado llevando la corona de la santidad adornada con el brillo del talento, ¿puede creerse que la humanidad, sin conmoverse, haya visto pasar á su vista, á través de largos siglos, veinte millones de santos? ¡Ah! Lo juro por la verdad; no, la humanidad no se contradice hasta ese punto; no, no ha visto pasar á su vista á veinte millones de santos, la perfeccion en su mas elevada personificación, sin perfeccionarse y engrandecerse. Lo que se debia hacer ha sido hecho; la grandeza ha producido la grandeza; el progreso ha producido el progreso.

Decid, pues, conmigo y con el alma y el corazon: ¡Gloria á los santos, gloria á los iniciadores, gloria á los verdaderos maestros del progreso! Solo los santos levantan la humanidad del fondo de sus corrupciones, y solo ellos despues de haberla levantado, la sostienen en medio de sus desfallecimientos á su legitima altura; solo ellos, en medio de los siglos pervertidos, son la sal conservadora que impide que la masa se corrompa por completo.

(Se continuará.)

Editor, D. Severiano Lopez Fando.

IMPRESA DEL MISMO, CALLE ANCHA, N.º 34.

TOLEDO:—1859.